

SELECCIÓN DE
TERRY CARR

UNIVERSO / 4

ANTOLOGÍA DE
CIENCIA-FICCIÓN
CONTEMPORÁNEA

Gregory Benford
Gordon Eklund
Ron Goulard
R.A. Lafferty
Alexei Panshin
Pamela Sargent
Robert Silverberg
Jack Vance



Cuarto volumen de la serie *Universo* que recopiló Terry Carr. «Asalto a una ciudad» se anticipó en al menos diez años a la corriente del entorno urbano tipo ciberpunk y es como las *Bóvedas de Acero* de Asimov actualizado. Con el relato «Si las estrellas son Dioses». Benford se dio a conocer como escritor con un futuro prometedor en la ciencia ficción.

Esta cuarta compilación incluye los siguientes relatos: «Asalto a una ciudad», de Jack Vance 2.º del Premio Hugo y 4.º del Premio Locus de novela corta de 1975. «Un mar de caras», de Robert Silverberg; «Y leed la carne entre líneas», de R. A. Lafferty Nominada a los Seiun de 1975 como mejor novela corta extranjera; «Mi dulce Jo», de Howard Waldrop; «El flaco paralizador», de Ron Goulart; «Lugares desiertos», de Pamela Sargent; «Si las estrellas son dioses» de Gordon Eklund y Gregory Benford, Premio Nebula al mejor relato y 8.º del Premio Locus de 1975; y «Cuando el mundo vertical se vuelve horizontal» de Alexei Panshin.

Índice de contenido

Cubierta

Universo 4

Asalto a una ciudad

Un mar de caras

Y leed la carne entre líneas

Mi dulce Jo

El flaco paralizador

Lugares desiertos

Si las estrellas son dioses

Cuando el mundo vertical se vuelve horizontal

Notas

Terry Carr

Jack Vance, ganador de dos premios Hugo y un Nébulas, es uno de los escritores de ciencia-ficción más admirado; sus cuentos están impregnados de una colorida inventiva, hasta ahora inigualada en este género, el más imaginativo de todos los tipos de ficciones. Aquí presentamos una larga y deliciosa historia de aventuras que transcurre en un remoto futuro de la Tierra, y en la que Vance da vida a una ciudad colmada de maravillas y a sus presionados habitantes, incluyendo algunas observaciones acerca de la cultura, la subjetividad y la adicción.

JACK VANCE

ASALTO A UNA CIUDAD

(Assault on a City)

- 1974 -

1

Un tal Angus Barr, camarero de los oficiales de la nave espacial *Danaan Warrior*, había cobrado su paga y se había dirigido en busca de diversiones al distrito de la ciudad conocido con el nombre de Jillyville. Allí, de acuerdo con la información recibida por la policía, se lo había visto en compañía de un tal Bodred Histledine, conocido matón del distrito de North River. Los dos se habían demorado brevemente en el Epídromo, donde Angus Barr ganó doscientos dólares en una máquina apostadora. Luego ambos vagaron por el paseo público hasta el café *El Ópalo Negro*, donde bebieron cerveza de lima y trataron, infructuosamente, de ligar a dos turistas. Siguiendo por el paseo en dirección al norte, cruzaron el río Louthe por el puente Boncastle y se dirigieron, por la ruidosa y vieja cinta mecánica, hasta Semaphore Hill, a la taberna *La Lámpara Azul* de Hongo, y nadie había vuelto a ver a Angus Barr.

El jefe de camareros del *Danaan Warrior* informó a la policía de la desaparición de Angus Barr. Alertados por un confidente, los detectives Clachey y Delmar localizaron a Bo Histledine, a quien conocían muy bien, y lo llevaron a la Autoridad Central para examinarlo.

El registro mental no dio ningún resultado. De acuerdo con su memoria, Bo había pasado una pacífica noche frente a su meret^[1]. Desafortunadamente para Bo, su memoria también incluía los recuerdos del Epídromo, del paseo y del café *El Ópalo Negro*. Las mujeres turistas no solo describieron al desaparecido Angus Barr, sino que identificaron a Bo. Deimar asintió con sombría satisfacción y se volvió hacia Bo.

—¿Qué dices a eso?

Bo se encogió en su silla, con el rostro convertido en una máscara de obstinación.

—Ya les dije que no sé nada acerca de este caso. Estas jorobetas^[2] me han confundido con algún otro. ¿Acaso piensan que me metería con estas dos? ¡Miradlas! Bo señaló con la cabeza a la más próxima de las dos furiosas mujeres.

—Rostro como un plato de patas de cerdo hervidas. No es un jersey lo que tiene puesto, es el vello de sus brazos. Y su madre bizca...

—¡No soy su madre! ¡No estamos emparentadas!

—... no es mucho mejor; camina con las piernas dobladas, como si estuviera acechando a alguien.

Deimar se rio ahogadamente.

—Ya veo —asintió Clachey gravemente—. ¿Y cómo sabes cómo camina? Estaban sentadas cuando entraste. Tu perversa boca te ha metido en problemas.

—Eso es todo, señoras —dijo Deimar—. Gracias por su ayuda.

—Ha sido un placer. Espero que lo envíen a Windy River.

Se refería a una colonia penal del remoto planeta Resurgimiento.

—Bien podría ser —dijo Delmar.

Las turistas partieron.

—Bien, ¿y entonces qué? ¿Qué le hiciste a Barr? —preguntó Clachey a Bo.

—Jamás he oído hablar de él.

—Te has hecho borrar la memoria —dijo Delmar—. No te servirá de nada. Windy River, prepárate.

—No tienen nada contra mí —dijo Bo—. Tal vez estaba borracho y no recuerdo muy bien, pero eso no significa que haya estrangulado a Barr.

Clachey y Delmar, que conocían los límites del caso tan bien como Bo, siguieron buscando en vano evidencias más

concluyentes. Finalmente, Bo fue arrestado bajo el cargo de borrado de memoria sin permiso: no era una ofensa trivial cuando la cometía una persona con antecedentes criminales. El magistrado multó a Bo con mil dólares y lo dejó en libertad condicional. Bo se resintió hasta el fondo de su alma apasionada por las dos medidas, y detestó al inspector Guy Dalby, quien controlaría su libertad, desde el primer momento en que lo vio.

Por su parte, al inspector Dalby, ex pasajero espacial, no le gustó Bo: ni sus espesos rizos rubios, ni sus hoscas y agraciadas facciones —estropeadas quizá por un mentón demasiado pesado y una boca demasiado llena, demasiado rica— ni sus ropas exquisitamente a la moda, ni el descarriado estilo de vida de Bo. Dalby sospechaba que por cada delito que figuraba en el historial de Bo, había una docena que nunca mereció la atención oficial. Como hombre del espacio, adoptaba una posición objetiva frente al mal, e hizo que Bo cumpliera al pie de la letra las exigencias de la libertad condicional. Escudriñó el presupuesto semanal de Bo.

—¿Qué significa esta cifra, cien dólares? ¿El pago de una vieja deuda?

—Exactamente —dijo Bo, rígidamente sentado en el borde de la silla.

—¿Quién te pagó este dinero?

—Un hombre llamado Henry Smith; es una deuda de juego.

—Hazlo venir. Quiero comprobarlo.

Bo se pasó la mano por su cabello de rizos dorados que le caía sobre la frente.

—No sé dónde está. Me lo encontré en la calle, por azar. Me pagó el dinero que me debía y siguió su camino.

—¿Ese es todo tu ingreso semanal?

—Así es.

Guy Dalby sonrió sombríamente e hizo crujir una hoja de papel entre los dedos.

—Esta es la declaración de una tal Polinasia Glianthe, prostituta. «La semana pasada le pagué ciento setenta y cinco dólares a Bo Histledine, *el Grande*, porque me dijo que si no lo hacía me cortarían las orejas».

Bo emitió un sonido desdeñoso.

—¿A quién va a creer? ¿A mí o a una vieja perra trotera que ni siquiera, en la mejor semana de su vida, hizo ciento setenta y cinco dólares?

Dalby evitó una respuesta directa.

—Consíguete un trabajo. Se te pide que te mantengas de un modo aceptable. Si no encuentras trabajo, te lo encontraré yo. Hay trabajo de sobra, allí en Yugurta.

Se refería a un mundo que los delincuentes sociales aborrecían a causa de sus granjas de rehabilitación.

Bo estaba impresionado por el helado laconismo de Dalby. Su último oficial de libertad condicional había sido un urbanita, cuya táctica era la empatía. A Bo le resultó muy sencillo explicar sus deslices. El oficial de turno se sintió halagado por la habilidad con que Bo distinguía el bien del mal, al menos verbalmente. Sin embargo, era obvio que al inspector Dalby no le importaba un rábano el dolor o la angustia que pudieran afligir la psiquis de Bo. Maldiciendo con furia, Bo fue a la Oficina de Empleo, donde lo enviaron a los Astilleros Espaciales Orión, en calidad de aprendiz de obrero metalúrgico, con un salario que consideraba una broma de mal gusto. ¡Se burlaría de Dalby de una manera u otra! Mientras tanto, se encontró bajo las órdenes de un capataz igualmente incomprensivo. Otro ex astronauta llamado Edmund Sarkane. Sarkane le explicó que, para ganar una hora de salario, debía esforzarse durante una hora de trabajo, concepto que Bo consideró original. ¡Sarkane no hablaría en serio! Intentó burlar el precepto de Sarkane de muchas maneras, pero Sarkane había manejado a miles de aprendices y Bo solo había conocido a un Sarkane. Siempre que Bo pensaba que podía descansar a escondidas, o ignorar algún detalle fastidioso, la voz

de Sarkane le desgarraba los oídos, y Bo comenzaba a preguntarse si no debería aceptar lo inaceptable. El trabajo, después de todo, no era tedioso; y el desdén de Sarkane era casi un desafío para que Bo le probara su superioridad en todos los campos, incluso en el arte de trabajar el metal. A veces, para su sorpresa y desagrado, Bo se sorprendía trabajando diligentemente.

Hasta los mismos talleres parecían notables. Su ojo, como el de la mayoría de los urbanitas, era sensible; advertía la sombría concordancia de colores: estructuras negras, suelo ocre, cemento gris, el azul, rojo y aceitunado de los carteles y señales, todos vivos, con destellos eléctricos, fuegos y vapores, el constante movimiento de los trabajadores de rostro grave. Los cascos se recortaban contra el cielo; Bo sentía una curiosa sensación al verlos: mitad sobrecogimiento y mitad antipatía; simbolizaban los lejanos mundos que Bo, como urbanita, no tenía la menor intención de visitar, ni siquiera como turista. ¿Por qué explorar esas distantes regiones? Conocía la apariencia, el olor y el pulso de esos mundos por intermedio de su meret; en ellos no había visto nada que no se pudiera hacer mejor en Hant.

Si uno tuviera dinero. ¡Dinero! Una palabra llena de magia. Desde donde trabajaba con su máquina pulidora podía divisar Cloudhaven hacia el sur, flotando, sereno y dorado, bajo la luz de la tarde. Allí viviría, se prometía a sí mismo, y mascullaba insultos anhelantes mientras miraba. Lo que necesitaba era dinero.

La áspera voz de Sarkane interrumpió sus ensoñaciones.

—Pon una cabeza número Cinco en tu máquina y llévala a la entrada de las residencias aéreas. Y que sea pronto: hay un trabajo de urgencia que tiene que estar listo hoy. — Hizo un gesto que Bo consideró innecesariamente brusco.

Bo cargó la máquina sobre su hombro y siguió a Sarkane, caminando obligadamente con las rodillas dobladas, el típico andar de trabajador que lleva una carga. Sabía cómo debía verse: la introversión y la autoevaluación constante

son atributos de la maquinaria mental de los urbanistas. Se sintió humillado y furioso: ¡él, Bo Histledine, *el Grande*, Bo *el Rufián*, caminando encorvado como un trabajador cualquiera! Ansiaba gritarle a Sarkane algo como «¡Eh! ¡Detente, viejo apestoso! ¿Crees que soy un camello? ¡Aquí tienes, lleva esta maldita máquina tú mismo, o métetela en la oreja!». Bo solo masculló estas imprecaciones, y trotó para alcanzar a Sarkane: atravesando el estrépito del taller de acampanado en frío, el depósito de cápsulas impulsoras, donde los grandes cascos se cernían sobre su cabeza; por los puentes que conducían a un grupo de tres plataformas situadas en el límite sur. Sobre una de ellas se asentaba una construcción con cúpula de cristal que Bo reconoció como una residencia aérea: la residencia honoraria de un Comandante de la Orden del Imperio Terrestre, reservada solamente para la gente de ese rango.

Sarkane hizo un gesto hacia Bo, indicándole la parte inferior del reborde periférico.

—Pule ese metal, quítale toda esa costra de óxido, para que el cristallizador pueda extenderse en una capa pareja. Pueden llegar en cualquier momento, y queremos que todo esté perfecto.

—¿Quiénes pueden?

—Un grupo que viene de Rampold: un comandante de la Orden del Imperio Terrestre y su familia. Vete volando; ahora, no tenemos mucho tiempo.

Sarkane se fue. Bo miró la residencia aérea. ¿Rampold? Bo pensó que había oído nombrar ese lugar: un distante mundo semisalvaje donde los hombres luchaban contra un medio primitivo e indígenas hostiles, para crear nuevas zonas habitables. ¿Por qué no se quedaban allí, si tanto les gustaba? Pero siempre regresaban a la Tierra, alardeando de sus títulos y prerrogativas, y aquí estaba él, Bo Histledine, puliendo metal para ellos.

Bo saltó a la cubierta y atisbo en el interior. Vio un agradable, pero poco lujoso, cuarto de estar, de paredes blan-

cas, tapizado con una alfombra escarlata y azul, y una chimenea abierta. Había maletas apiladas en el centro del cuarto. Bo leyó el nombre marcado en los lados: Comandante M. R. Tynnott, SEE. SEE significaba Servicio de Exploración Espacial.

—¡Eh! —vibró la voz de Sarkane a sus espaldas—. ¡Histledine! ¡Bájate de allí! ¿Qué crees que estás haciendo?

—Solo miraba —dijo Bo—. Tranquilo.

Saltó al suelo.

—De todos modos, no hay mucho que ver. Ni siquiera tienen un aparato de televisión, y ni qué hablar de un meret. Aún así, aceptaría uno de estos si me lo dieran.

—No hay ningún impedimento para que lo logres. —La voz de Sarkane tenía ribetes sarcásticos—. Solo tienes que ir a trabajar allí, durante veinte o treinta años; entonces te darán una residencia aérea.

—Bo Histledine no tiene intenciones de embarcarse hacia allí.

—Espero que no. Pule bien ese reborde, ahora, y haz un buen trabajo.

Mientras Bo hacía funcionar su máquina, Sarkane andaba de aquí para allá, inspeccionando las reparaciones realizadas en la base de la residencia aérea, esperando la llegada del equipo de cristalización, y vigilando a Bo.

El trabajo era agotador; Bo se veía obligado a permanecer en una posición entumecedora, sosteniendo la máquina por encima de él. Su celo, nunca demasiado intenso, comenzó a flaquear. Cada vez que Sarkane no estaba a la vista, Bo se incorporaba y descansaba. Por lo que a Bo le importaba, el Comandante Tynnott y su familia bien podían esperar una o dos horas más, o dos o tres días. Los exploradores estelares eran demasiado arrogantes y vanidosos para su gusto. Actuaban como si el simple proceso de recorrer el espacio los hiciera sentir de alguna manera superiores a la gente que había elegido quedarse en casa, en las ciudades.

Durante uno de sus períodos de descanso, Bo observó un taxi que descendía hasta detenerse en los alrededores de la residencia aérea. Una muchacha se apeó y se dirigió hacia él. Bo la miró fijamente, fascinado. Nunca, antes, había visto a una muchacha como esta: bastante más joven que él, perfectamente formada, esbelta, ágil y flexible, una hermosa criatura sin precio. Se aproximó con paso ligero y airoso, como si en su corta vida hubiera andado demasiado, a través de colinas y valles, senderos del bosque y escarpadas montañas. Su bruñido cabello, de color cobrizo, le caía libremente hasta más abajo de la mandíbula; o era ignorante o no prestaba atención a los intrincados peinados de moda en Hant. Sus ropas eran igualmente simples: un vestido gris azulado, sandalias blancas y ninguna clase de adornos. Se detuvo junto a la residencia aérea y Bo pudo estudiar su rostro. Sus ojos, de un profundo azul oscuro como un lago; sus mejillas, tersas; su boca, ancha, parecía ligeramente curva y torcida a causa de algún encantador amaneramiento. Su piel estaba delicadamente bronceada, sus rasgos no podían haber sido más exquisitos.

Le habló a Bo, sin mirarlo.

—Me pregunto por dónde puedo subir.

Bo se adelantó con galante rapidez.

—Permítame ayudarla a subir. —Tocarla, acariciar (aunque fuera por un instante) una pierna tan flexible y joven sería un exquisito placer. La muchacha pareció no haberlo oído; saltó con facilidad por encima de la baranda.

Sarkane se adelantó. Hizo a Bo un gesto brusco, luego se volvió hacia la muchacha.

—Supongo que usted debe ser uno de los ocupantes. Su apellido es Tynnott, ¿no es así?

—El comandante Tynnott es mi padre. Pensé que él y mi madre ya habrían llegado. Supongo que pronto estarán aquí.

La voz de la joven era tan agradable y vivaz como su aspecto; se dirigió al viejo y gris Sarkane como si hubiera sido

amiga suya durante años.

—Usted no es un urbanita, ¿dónde adquirió su aspecto?

—Se refería a ese indefinible aspecto por el que los viajeros estelares y hombres del espacio podían identificarse entre sí.

—Aquí, allá, en todas partes —dijo Sarkane—. Durante mucho tiempo trabajé con Slade allá, en los Zumberwalts.

La joven lo miró con admiración.

—Entonces debe haber conocido a Vode Skerry y a Ribolt Troil y a todos los demás.

—Sí, señorita, por cierto que sí.

—¡Y ahora está viviendo en Hant! —La voz de la joven revelaba asombro. Bo apretó los labios. ¿Qué tenía de malo, se preguntaba, vivir en Hant?

—No por mucho tiempo —dijo Sarkane—. El año que viene salgo para Tinctala. Mi hijo tiene una estación allí.

La muchacha asintió para demostrar que comprendía. Se volvió para inspeccionar la residencia aérea.

—Es tan excitante —dijo—. Nunca había vivido en medio de este esplendor.

Sarkane sonrió con indulgencia.

—No es tan espléndido, señorita, quiero decir, no cuando se lo compara con la forma en que los ricos viven allá. —Señaló en dirección a Cloudhaven—. Sin embargo, tengo entendido que todos ellos se mudarían gustosos a una residencia aérea.

—¿No hay tantas residencias aéreas, entonces?

—Solo puede haber dos mil, esa es la ley. De otro modo habría racimos de ellas suspendidas en el cielo. Cualquier tipejo, político o plutócrata, querría su residencia aérea. No, señorita, están reservadas para los OIT, y así es como debe ser. ¿Va a quedarse mucho tiempo aquí?

—No demasiado; mi padre debe ocuparse de algunos asuntos con la Agencia, y yo haré algunas investigaciones mientras esté aquí.

—Ah, ¿se matriculará como estudiante en la Academia? Es un lugar interesante, la última palabra, al menos eso dicen.

—Estoy segura de que es así. A propósito, me propongo visitar la Sala de Historia, mañana. —Señaló un taxi que descendía—. Aquí están por fin.

Bo, que había estado trabajando lo suficientemente cerca como para poder escuchar, empuñó su máquina hasta que Sarkane salió para conferenciar con los Tynnott. Comenzó a pulir el reborde, acercándose hacia el lugar donde la muchacha estaba apoyada; al levantar los ojos tuvo una fugaz visión de tersas y esbeltas piernas bronceadas, un atisbo de muslo. Ella era solo periféricamente consciente de su presencia. Bo se enderezó y compuso esa expresión de mesmérica masculinidad que tanto le había servido en otras oportunidades. Pero la muchacha, en vez de prestarle atención, dio unos pocos pasos por la cubierta.

—Ya estoy aquí —dijo—. Pero no sé cómo entrar.

Bo se estremeció de ira. ¡A esta muchacha no le interesaba mirarlo! ¡Entonces pensaba que era un estúpido obrero! ¿No se daba cuenta de que era Bo Histledine, el famoso Bo *el Grande*, conocido en toda la Costa Norte, desde Dipshaw Heights hasta Swarling Park?

Se movió a lo largo de la baranda. Al detenerse junto a la muchacha, se dio maña para dejar caer una pinza sobre uno de los pies de ella. Ella gritó de dolor y de sorpresa.

—Lo siento —dijo Bo. No pudo contener una mueca irónica—. ¿Le ha hecho daño?

—No mucho. —Miró el negro manchón de grasa sobre su sandalia blanca, luego se volvió y se unió a sus padres.

—Saben, creo que ese obrero dejó caer su herramienta sobre mi pie a propósito —dijo con voz perpleja.

—Probablemente quería atraer tu atención —dijo Tynnott.

—Querría que hubiera pensado en otro medio... Aún me duele.